

Miguel Ángel Sierra

¡M^e han auditado los gastos de un proyecto! Y no es la primera vez. Al principio pensé que era por mi aspecto sospechoso. Después, porque tengo un coche y, mira por donde, cuando lo compré había una oferta en la que por el mismo precio, te ponían un alerón delantero y dos chapas diciendo que era un “sportline”. Y bueno, ya sabemos lo que pasa en este país con los coches. Finalmente, porque en la época a la que corresponde el proyecto estuve en Argentina, alojamiento y comida cortesía de mis colegas americanos, y el viaje lo hice embutido 13 horas en tercera clase en un avión borreguero, viaje que, por otra parte, pagó mi Universidad. Bueno, también sabemos lo que pasa en este país con los viajes al extranjero.

¡Qué desilusión! Yo que me creía importante y resulta que están auditando a todo el mundo. Que nadie me malinterprete. El poco dinero que tenemos para investigar es dinero público. En absoluto me opongo a que nos revisen ni a que tengamos que dar cuentas de cómo hemos gastado el dinero que se ha invertido en nosotros. Por ello se hacen controles anuales tanto científicos como económicos de la marcha de un proyecto. Lo que ocurre es que nos están fiscalizando otra vez y además varios años después de finalizar ese proyecto. Además, te piden justificar todos y cada uno de los gastos que has hecho, después de haber presentado en tiempo y forma facturas legales y avaladas por los órganos económicos de la Universidad. Aquí las cosas cambian. No es ya el sinsentido de tener que explicar para qué has comprado 25 litros de isopropanol, es que este tipo de actuaciones atentan contra la presunción de inocencia. Y mira por donde, yo soy de los que se acuerdan de cuando en este país había que demostrar que eras inocente porque se suponía que eras culpable mientras no se demostrase lo contrario.

Pero volviendo a las auditorías, resulta curioso que cuando estamos viviendo una corrupción a nivel nacional que alcanza dimensiones bíblicas, una corrupción “democrática” porque no conoce fronteras ni de autonomías ni de clases sociales, me pregunten para qué he comprado seis matraces de fondo redondo. Debe de ser que nuestro Ministerio de Hacienda no tiene cosas mejores que hacer, o que le parece más interesante intentar recuperar un poco de dinero de nuestros proyectos, que atajar de una vez y para siempre la verdadera corrupción.

Y mientras tanto ¿qué hacen nuestros órganos de gobierno? Todavía no he escuchado al todopoderoso Saneodrín, que vela por la pureza de nuestras Universidades (por si no se me entiende, me refiero a la CRUE) y que es ca-



paz de tomar posiciones respecto a los temas más variados (Pablo Espinet lo explicaba mejor que yo en su artículo de opinión en el número anterior de *Anales*, pero seguro que en lo que he tardado en escribir este editorial me han posicionado en algo), una queja, una oposición o la opción más lógica, una rotunda negativa a seguirle el juego al Ministerio. Qué va, para qué, si al fin y al cabo esto no tiene la menor transcendencia. ¿Qué importancia tiene que unos cuantos profesores de la Universidad o científicos del CSIC pierdan algunas semanas rellenando impresos absurdos? Ninguna. Posicionarse en contra o a favor de una ley o de distintas situaciones nacionales o internacionales, eso sí que tiene importancia y sobre todo impacto mediático. Y para más INRI aparece un artículo en un periódico nacional, firmado por varios vicerrectores de investigación, quejándose de este asunto. Por favor, son ustedes los que tienen en su mano decir ¡BASTA! Con cantos al Sol nunca se ha solucionado nada, salvo que uno quiera agarrar una buena insolación.

Termino ya. Me vienen a la cabeza las palabras de un presidente del Congreso que resumen bien lo que uno siente frente a esta situación absurda: “manda güevos”. La Química española puede tener muchos defectos pero entre ellos no está la corrupción. Por ello, estando más próximo a Laborreta, aquel genial beduino del Congreso de los Diputados, me gustaría cerrar esta editorial con sus palabras más famosas. Sin embargo no lo haré por respeto.

Gracias por leer.

Miguel Á. Sierra
Editor General de *Anales de Química*